

mas lo rehusó, considerándolo sin duda como un disimulado medio de corrupcion. «*Me gusta que el español sea altivo:*» y entonces nos encontrábamos en un país y entre un pueblo que ha borrado del diccionario la palabra «vulgar.»

Durante este tiempo, terminaba el pintor un retrato muy parecido de este digno personaje, que tenia por compañero un jóven que le miraba con aire serio y estupefacto. Era un bonito muchacho que llevaba la cabeza cubierta con un sombrero de terciopelo de buen gusto, y estaba vestido con una chaqueta abotonada, pantalon corto y estrecho, con hebillas de plata y polainas de cuero ricamente bordadas. En este país, donde todo el mundo es noble é importante, aquel muchacho nos pareció del campo al principio; pero despues supimos que era hijo del mas rico propietario de las inmediaciones. Aceptó un cigarro de la Habana que le ofrecí, y me dió las gracias con mucha cortesía.

Con verdadero sentimiento dejé mi querido *Buen Retiro* y su magnífico terrado; pero el dia era corto y nuestros momentos estaban contados.

Gibraltar, 30 de Noviembre de 1859.

Se trataba hoy de asistir a una ceremonia muy curiosa, a unas bodas judías, en compañía de varios señores de nuestro conocimiento, de la familia del gobernador y de algunos convidados. Despues de haber atravesado la ciudad alta, llegamos por tortuosos caminos, á una casa de un exterior bastante aseado: el novio y los ancianos nos esperaban a la puerta para recibirnos. Ya desde el *Convento* veniamos acompañados por el mas rico israelita de Gibraltar, un judío vestido de frac al estilo moderno.

Al entrar nos recibieron con una música oriental acompañada con un canto gangoso que nos hizo pensar en los músicos del Evangelio. Numerosos grupos de judíos se oprimian en una escalera estrecha. Conducidos por el novio nos abrimos paso a través de aquella multitud. La señora de la casa vino hácia nosotros y nos tomó de la mano con un aire afectuoso: era una judía de grandes ojos, negros y brillantes, de mirada fría y reflexiva. Estaba vestida con un traje negro al estilo europeo, con la ortodoxa peluca, donde se veían enlazadas, segun el gusto oriental, perlas de oro y de plata.

Aquella mujer nos llevó a la pieza dedicada a las bodas, es decir, a un salon sencillo y limpio, amueblado a la europea; solamente que en honra de la santa ceremonia que se iba a celebrar, estaban encendidas muchas velas, no obstante la claridad del dia. Los mas ricos adornos resplandecian en aquella sala: las hermosas hijas de Israel, venidas de Tánger y de Tetuan, habian prodigado en sus tocados fastuosos el oro y los colores mas vivos; pero en medio de aquel brillo, entre aquellos grupos relucientes, habia uno que eclipsaba a todos los otros, tanto por su extravagancia como por su lujo.

Al pié de la pared principal de la pieza habian formado un estrado un poco alto, tapizado con cortinas verdes. La pared estaba cubierta de damasco encarnado, y un dosel del mismo color avanzaba sobre el estrado. Dos figuras sentadas contra la pared, semejantes a dos esfinges de Egipto, paseaban a su alrededor miradas severas y casi amenazantes. Eran matronas de Tánger, de tez tostada, y vestidas con ricos *caftanes* escarlatas bordados de oro. Su cabeza estaba adornada con una pieza de seda que caía de plano, como el tocado de los reyes egipcios: tenian pelucas de un negro mate sembradas de monedas antiguas y de joyas. Entre las dos, sentada en un divan y apoyada en la pared, una persona cubierta con un velo de color claro y coronada con una tiara recamada de perlas, permanecia inmóvil, como una figura de cera sobre la que el arte hubiera sabido imitar, por medio de brillantes colores, la frescura y la transparencia de tonos que dá la vida.

Aquel espectáculo produjo en mí la mayor admiracion. Se hubiera creido ver al dios Vischnú en el templo de Benares: parecia un ídolo adornado con alhajas y sentado en un altar elevado entre dos dragones que exhalaban llamas.

Hasta despues de haberla mirado largo rato, pude asegurarme de que aquella estatua que parecia de cera, era de carne y de sangre, y que el ídolo inmóvil de ojos cerrados, no era mas que la novia judía. Allí estaba como si fuese una muerta: ni uno solo de sus músculos se veía latir, y era preciso fijarle mucho la atencion para percibir el ligero aliento que levantaba su pecho. El cútis no se le podia ver sino bajo el doble velo de tela y de rojo vivísimo que cubria sus mejillas; tenia las cejas pintadas de negro y ade-

más tres lunaritos repartidos con regularidad en su rostro que parecía no carecer de belleza. La tiara muy alta, dividida por ricos bordados y enteramente cubierta de perlas, le daba el aspecto de un sér sobrenatural. Su seno se agitaba bajo un velo trasparente que cubria el corpiño lujosamente bordado. Una chaquetilla igualmente bordada de oro, con anchas mangas de seda le ceñia el talle; una enagua encarnada con nuevos bordados de oro cubria sus partes inferiores, y sus piés estaban calzados con unas chinelas compuestas con brillantes adornos. Traía las manos y los brazos esmeradamente envueltos en un paño de seda rojo.

Además de esto, la novia traía sobre sí toda especie de adornos: pendientes de filigrana con perlas y esmeraldas; guirnaldas hechas de monedas y piedras preciosas, caían por ambos lados de su cabeza; tenia el cuello adornado con gran número de cadenas de oro, con relucientes medallones y nudos de coral. Mas tarde pudimos ver que sus hermosos y blancos brazos estaban adornados con brazaletes moriscos, y sus bonitos y afilados dedos cubiertos de sortijas. Tal era el traje de aquella jóven de catorce años: en conjunto se veía espléndido y pintoresco.

Las dos *madres* de la novia, penetradas de la importancia de su papel, guardaban en sus tronos un continente lleno de altivez y orgullo. Medían a la multitud con sus arrogantes miradas, que en otro tiempo habrían hecho honor a la reina Jezabel. Su animación formaba un admirable contraste con la tremenda inmovilidad de la jóven desposada.

Por fin entró el novio: traía la cabeza cubierta con una especie de cucurucho de madera, y colgando a un lado una bolsa de terciopelo bordada de oro. Iba seguido por dos rabinos: el primero era el gran rabino de Tánger, de hermoso y pálido rostro, adornado con una barba flotante: un turbante, sobre el que estaba negligentemente puesto un paño de algodón violeta cubria su cabeza. Era un verdadero personaje del Antiguo Testamento. Tras él venia el otro rabino, gordo, desarrapado, con facciones groseras y barba de chivo enteramente blanca. A los lados de éste venian un hombre y un jóven que traían en las manos gruesas antorchas de cera.

Presentaron al gran rabino un vaso lleno de vino en un plato:

comenzó a bambolearse cantando con voz gangosa algunas oraciones hebraicas, que la concurrencia repetía en coro de cuando en cuando. Bebió despues un trago y pasó el vaso al novio para que bebiese a su vez. Las dos madres presentaron el vino a la desposada, le inclinaron la cabeza como si fuese un cadáver, le levantaron el velo y le acercaron el vaso a la encarnada boca: ella mojó en él sus lábios sin abrir los ojos, y volvió a quedar en su inmovilidad: entónces rompieron el vaso, y una mujer judía de Tetuan lanzó el grito de alegría agudo y estridente de las mujeres beduinas.

El novio, que era horriblemente feo y que se parecía a los chivos de Egipto, ofreció a la novia un ancho anillo de oro cubierto con varios adornos. El viejo rabino avanzó luego, y volvió a comenzar con un timbal de plata la misma ceremonia, acompañándola siempre con oraciones cantadas, ó mas bien, chilladas.

Aquellas diversas ceremonias divertían mucho a las inglesas que asistieron en gran número a aquella solemnidad y con las disposiciones mas joviales. Seguían hasta los menores movimientos de las personas y hacían sobre ellos las mas cómicas observaciones. Una señora anciana que estaba sentada en un sillón cerca de mí, me contaba que durante ocho días, el novio nada pretende de su nueva esposa, porque ésta debe pasar todo ese tiempo en el trono al lado de sus padres, recibiendo las visitas de sus parientes y de sus amigos. Añadía que, como el matrimonio no era mas que un negocio de dinero, la mujer tenia derecho para separarse de su marido al cabo de un año; y decia que si ella estuviera en lugar de la jóven tomaría este partido inmediatamente, en consideración a lo feo y repugnante que era el novio.

Por último, un pariente dió lectura al contrato de matrimonio que estaba escrito en pergamino, y luego recitaron la última oración por la reina Victoria y su familia.

Entónces bajaron a la novia del estrado, no sin grande trabajo, porque tenia siempre los ojos cerrados; la hicieron dar dos vueltas a la sala, bailando una especie de polaca: en este acto iba sostenida por dos notables ó parientes, alternativamente, y la acompañaban con cantos religiosos. La pintura que cubria su rostro no permitía que se observara en él el menor movimiento ni la mas ligera animación.

Cuando la volvieron a llevar al estrado concluyó la ceremonia propiamente dicha, y vino la música compuesta de un violín y un hombre que tocaba en un vaso, a la manera árabe. Aquellos artistas se sentaron en el suelo y ejecutaron algunas canciones moriscas con una voz gangosa. Una jovencita, especie de *niña formidable*, se reunió con ellos, venía vestida a la europea, con un traje tornasol como el camaleón, y cantó y bailó el *Nahlie ho*, ese baile poco decente que conocía yo demasiado por haberlo visto en Egipto y en Argel. Es el mismo baile que se acostumbra con su melodía peculiar en todos los países árabes y moriscos, y solamente en España llega a la perfección.

Después de la niña bailaron alternativamente todas las mujeres, unas casi obligadas y otras de buena voluntad, con el pañuelo en la mano como en Argel, ó acompañándose con el pandero. Las más hermosas eran, como en nuestro país, las más adornadas. Se hacían de rogar por largo rato, y algunas, con gran diversión del gobernador, se dejaban llevar por los hombres, después de una batalla en regla, hasta en medio de la sala. Una vez allí no oponían dificultad para ejecutar, con aplauso de la concurrencia, los movimientos que componen este baile: contorsiones, evoluciones, inclinaciones, alargamientos y otras figuras en que las mujeres parecen de goma elástica. En aquella representación el más feliz era sir William Codrington, el gobernador, y la más admirada su excelente *lady*. Las judías más viejas y más feas fueron las que primero se presentaron a bailar con el mayor empeño.

La estrella de la reunión era una joven llamada Hadra Nahon, de Tetuan. Llevaba, como las demás, un vestido análogo al de la novia; pero dispuesto con más gusto y formado de colores más brillantes. La enagua era de terciopelo azul bordado de oro, y en la cabeza llevaba sobre el paño de seda encarnado una gorrita inclinada hacia adelante, muy parecida a las gorras escocesas, guardada de perlas. Estas gorritas son la señal distintiva de las señoras de Tetuan, mientras las de Tánger solo usan el paño de seda, puesto de plano. El rostro de aquella joven tenía algo de extravagante y de fantástico: ojos de un color azul violado, cejas altas muy arqueadas, nariz pequeña y algo levantada, labios gruesos y encarnados, dientes que brillaban como perlas. Los

brazos redondos y blancos como el mármol, y sus manos pulidas y rosadas, adornadas con esmeraldas preciosas, eran de la más exquisita hermosura. Hadra Nahon fué obligada a bailar tres veces, y en todas ellas fué aplaudida con el mayor entusiasmo. Después de ésta, la más hermosa era una israelita de Tánger, una verdadera Judit por el talle y la actitud: desde luego conocí que era la misma que había visto en Tánger en 1852. Ocupaba el tercer lugar una mujer de Tetuan, otra hermosura oriental, con cierta mezcla de coquetería europea, ojos de ciervo, negros y muy grandes, admirable nariz griega, boca siempre sonriendo, y una expresión amable y traviesa. Todo su ser tenía algo de opulento y de voluptuoso: era la seducción en persona cuando bailaba acompañándose con el pandero.

Había otra que tenía un aspecto verdaderamente cómico: era una mujer vestida de verde, semejante a un árbol recién podado, y que se ocupaba demasiado en ostentar sus miembros rústicos. Las *madres* de la desposada lanzaron miradas de vibora cuando se les obligó a bajar del trono para bailar a su vez. Mientras bailaban vi separarse lenta y recatadamente las pestañas de la novia; luego abrió un ojo y después el otro como un lirón que despertara de un largo sueño.

Mi principal diversión fué una vieja gorda y pequeña, viva como una lagartija: todo lo veía, todo lo oía, y se mezclaba por todas partes. Sus ojos negros y penetrantes, de una expresión burlona, estaban siempre en movimiento, acechando todos los rincones de la sala y buscando algo en que pudiese mezclarse. ¡Aquellas eran sonrisas de complacencia, carcajadas de alegría, admiraciones, preguntas! Toda su persona me recordaba singularmente a cierta jovencita húngara de mi conocimiento, charlatana decidida, para quien el vocabulario de las imprecaciones, que dice sin intención de ofender, es más familiar que su libro de oraciones. Su paño de seda estaba atado de una manera negligente, así es que el nudo venía a formar por delante una especie de cuerno. Cuando la invitaron a bailar, sus ojos chispearon de contento y ejecutó su obra maestra con una animación juvenil. Aquella mujer debe tener la memoria llena de alegres recuerdos que la hacen tener mucho atractivo para sus amigos: por esto sin

duda, cuando se puso a bailar fué saludada con muchas aclamaciones.

Viendo que el entusiasmo del gobernador se enardecía mas y mas, y que no había esperanza de que pusiera fin a aquella diversion, me decidí a interrumpir el curso de sus ideas por medio de preguntas sabiamente calculadas.

Luego nos condujeron a una sala del piso inferior para ofrecernos refrescos, a saber: frutas en conserva, un magnífico pastel de bodas, azahares en almíbar, que los judíos llaman *cabellos de ángel*, vino de España, que bebimos a la salud de los recién casados y excelente *Rosoglio di Barberia*. Hadra Nahon y la hermosa judía de Tetuan bajaron con una de las *madres* de la novia para que pudiésemos admirar de cerca sus ricos adornos. Nos trataron con el desembarazo de las señoras de buena sociedad, les estrechamos cordialmente la mano, así como al novio, y regresamos a nuestra casa al caer la noche.

Madera, 6 de Diciembre de 1859.

Habíamos llegado al frente de Madera y seguimos la costa oriental de la isla. Volví a ver con tristeza el valle de Machico y la amable Santa Cruz, donde hace siete años trascurrieron para mí tan dulces momentos. En el vasto navío lleno de gente, en que todos los pasajeros contemplaban con éxtasis las maravillas de la naturaleza que se desarrollaban a su vista, yo era el único peregrino de aquella época bienaventurada. Siete años han pasado desde entónces sobre mi cabeza, siete años de alegrías y de penas, fecundos en pruebas y en decepciones amargas, ruda escuela de la experiencia, durante la cual la rueda de la fortuna giró mas de una vez de una manera imprevista y repentina, trayendo alternativamente la prosperidad y la aflicción. En aquella época comencaron mi *aprendizaje y mis viajes*, cuando festejé aquí tan alegremente mi vigésimo aniversario; y ahora, infatigable peregrino, moderno Ahasvero, me encuentro de nuevo en este lugar, el único de aquella reunion tan feliz y tan brillante. Ya murieron ó se dispersaron por el mundo todos aquellos, que en el regocijo de los festines, me deseaban dicha y prosperidad. Fiel a mi palabra, vengo a buscar en las olas del Océano un descanso

que la Europa vacilante ya no puede dar a mi alma agitada. Sin embargo, una melancolía profunda se apodera de mí cuando comparo ambas épocas: hace siete años que yo despertaba para la vida y caminaba alegremente hácia el porvenir; hoy, al ver de nuevo estas riberas, me siento con una lasitud increíble: mis hombros no están ya libres y ligeros, tienen que llevar la carga de un amargo pasado.

Madera, Funchal, 11 de Diciembre de 1859.

Hoy he visitado el hospital fundado recientemente por la emperatriz viuda del Brasil. Es un hermoso edificio, sencillo a la vez que majestuoso, del gusto del renacimiento, y cuya fachada recuerda los palacios y los hospitales de Nápoles. Está hecho para recibir a doce tísicos de cada sexo. Los pobres están aquí bien atendidos, y aunque ningun cuidado puede curarles ese mal que no tiene remedio, al ménos pasan sus últimos instantes en calma y dulce paz. Cada enfermo tiene su pieza amplia, hermosa, ventilada y con vista sobre el Océano: en el centro está una bonita capilla bañada por el sol, donde el alma se eleva hácia Dios y se reconcilia con el cielo, del cual se encuentra tan cerca. El hospital, a pesar de sus limitadas proporciones, es lo que existe mas perfecto en su género, y en vano se buscaría en Europa algo que se le pareciera. Estaba reservado a Funchal poseer una cosa tan hermosa.

Sobre la escalera está una inscripcion con letras de oro grabadas en mármol negro que recuerda el triste origen de este establecimiento. Aquí murió del pecho el 4 de Febrero de 1853, la hija única ¹ de la Emperatriz, criatura perfecta que dejó este mundo ingrato, como un ángel puro de luz, para volver al cielo, su verdadera patria. El hospital es el noble fruto del dolor inmenso de una madre infortunada, que ha dejado el nombre de su hija al edificio en que ella busca el único consuelo que le queda para lo futuro, el de aliviar a los desgraciados. Esta expresion sublime del dolor, este uso de los bienes que Dios nos ha dado, son el mas bello testimonio de una alma verdaderamente cristiana. Del hospital me dirigí a la casa, que no está lejos de él, donde el ángel

¹ Véanse la página 214 y las últimas líneas del tomo primero.

amargamente llorado dejó la tierra, y permanecí por largo tiempo abismado en pensamientos de tristeza y de duelo bajo el árbol magnífico que la protege con sus ramas y su sombra.

Isla de Tenerife, Tacoronte, 19 de Diciembre.

Muy temprano nos pusimos en camino. La mañana estaba fría y desagradable. Seguimos por largo rato la vertiente norte de la isla, entre campos bien cultivados y palmeros, hasta Tacoronte, grande aldea, donde se nos había dicho que existía un rico anticuario, D. Sebastian Casilde. Fuimos recibidos de la manera más insinuante por aquel amable anciano, que colecciona sin cansarse hace más de cuarenta años.

Nos condujo á su casa que inmediatamente revela la comodidad y el bienestar. Grandes piezas del piso bajo encierran una coleccion bien organizada y que merece ser vista. La pieza más interesante para mí fué aquella en que se encuentran las antigüedades del tiempo de los guanches.

Había cuatro momias reales, de las cuales tres estaban en una caja: los cadáveres disecados, ennegrecidos, pero bien conservados, estaban envueltos en pieles de cabra: su aspecto me recordó los rostros tan horriblemente contraídos de los *Frati secchi* de Palermo. Estos conservaban su cabellera negra y ondulada, y dientes blancos y ordenados. La cuarta momia estaba de pie en un nicho con cristales, envuelta en pieles y atada con vendas, al estilo egipcio, tal como se encontró en el sepulcro. A sus piés yacían los sellos de los reyes, es decir, sencillas piedras en que están grabados dos bastones en cruz. Los guanches no sabían escribir y se servían de estos sellos como de una insignia de la dignidad soberana.

Nuestro anticuario conservaba en una redoma una muestra de la sustancia con que las momias habían sido embalsamadas: parece estar compuesta de sangre de drago y agua salada. Según decía Casilde, se licuifica espontáneamente por medio de un alto calor ó de un gran frío. Don Sebastian nos dió un pedazo bastante grande de la sustancia dura, que aceptamos con gratitud: la líquida se parece al café.

Coleccion muy interesante es también la de las armas de los

conquistadores y las de las víctimas de la conquista: las primeras pertenecen naturalmente a la edad média española, son espadas gigantescas y alabardas. Las otras son lanzas con punta de piedra, bastones y espadas de madera. Cuando se comparan estas armas no puede uno dejar de admirar el valor de los guanches, que resistieron como leones a sus enemigos.

Hay también una coleccion de autógrafos de los conquistadores que no carece de interés, sobre todo para los españoles.

Por lo que respecta a muebles de los antiguos habitantes, vimos molinos de mano y aguamaniles de basalto y de ladrillo, semejantes a los que yo había comprado en Orotava. El objeto más curioso, sin duda, era una ánfora de forma romana, con la cifra romana XXI grabada en un lado. Se encontró en una tumba real, y seguramente fué traída de África por los antiguos habitantes.

Nos llamó la atención una inscripción trazada en basalto y descubierta en una cantera de la isla de Palma. Nuestro amigo el pintor, que es muy inteligente en cosas orientales, reconoció en ella huellas manifiestas de caracteres árabes. Quizá se hallaba más cerca de la verdad que el obispo de Palma, que reputaba babilónicos los caracteres de esta inscripción, que suponía haber sido ejecutada por obreros chinos; opinión que aquí se sigue con generalidad.

Además, el museo Casilde contiene ejemplares de mineralogía, de zoología, un poco de todo, desde un feto nadando en espíritu de vino, hasta verdaderas obras de arte. Solamente las bellas artes se encuentran aquí muy mal representadas. Nos detuvimos de preferencia delante de los objetos de etnografía, sobre cuya materia se hallan cosas muy curiosas en las colonias de Filipinas y de América. Mi digno huésped me enseñó una obra muy interesante relativa a México: en ella se veía dibujado, con armas y trajes, un zodiaco de los antiguos mexicanos.

Volviendo a los guanches, todas las antigüedades que de ellos se han descubierto, parecen demostrar que eran originarios de África y que pertenecían a una raza semítica que conservó las antiguas tradiciones de los egipcios. Lo que prueba que eran semitas y verosímilmente de una rama de Berbería son sus largas

y lacias cabelleras. Sus armas y los objetos de menaje recuerdan, por su figura y su materia, los usos de Abisinia de la Berbería interior. La manera con que las momias están preparadas y la forma de los sepulcros tienen el carácter egipcio.

La piedra de que he hablado ántes viene a ser una prueba del origen oriental y contradice la hipótesis de que los habitantes de las islas Canarias descenden de los cincuenta mil cartagineses que, en el momento de la toma de Cartago, se salieron de la ciudadela y se fugaron en sus barcos. Desgraciadamente no se sabe en qué época fueron pobladas las islas. La ánfora que mencioné parece indicar un tiempo en que los romanos dominaban ya en algunas partes del África septentrional.

La emigración debió partir de África: esto se justifica no solamente por los datos que hemos expuesto, sino aun por la disposición de las localidades. Están tan cerca del continente, que desde Fortaventura se vé la costa; y por el otro lado, desde la ribera africana han debido descubrirse los fuegos y las nieves del pico de Tenerife. Cada una de las islas parece haber sido poblada separadamente, aunque por una sola y misma raza, porque los conquistadores encontraron en ellas analogías de idioma y de costumbres, pero con grandes diferencias. En ciertas islas estaba bien recibida la poligamia; y en cambio, en Lancerota las mujeres podían tener tres maridos: cada uno de ellos tenía el mando durante un mes, y en ese tiempo los otros dos eran sus servidores; pero, según parece, la mayor parte de las mujeres se contentaba con un solo marido.

El historiador Viera pretende reconocer dos razas y dos idiomas diferentes. Como los guanches, y esto está demostrado, no tuvieron el menor conocimiento de la navegación, era imposible toda relación entre las islas. Esta ignorancia y la falta absoluta de usos que hayan podido ser tomados de los mahometanos, hacen suponer que aquel pueblo procede de una remota antigüedad. Verdad es que Plinio habla de aquellas islas desde el tiempo de la expedición fenicia y cartaginesa, y dice que allí se encontraron las ruinas de un antiguo templo; pero no refiere una sola palabra de la población. Los guanches son un pueblo que desapareció hace cuatrocientos años y desgraciadamente su idioma murió con ellos.

Respecto de sus usos y costumbres en tiempo de la conquista que los exterminó, únicamente tenemos lo que nos dicen los historiadores españoles, de los cuales los más bien recibidos son Viera y Bergeron: contienen algunos pormenores y tradiciones que no carecen de interés.

En la isla de Tenerife, los guanches honraban a *Acheman* como divinidad suprema. El representante del mal principio, el demonio se llamaba *Kuaiota*: la creencia popular suponía su residencia en el cráter de un volcán. Según Viera, reinaba la idolatría en la Gran Canaria y en Palma. En la primera de estas islas, cierto cráter apagado ya representaba su papel en el culto religioso: los habitantes constantemente ofrecían víctimas en sacrificio a una roca que amenazaba ruina, exclamando: «¿Caerás pronto?»

Tenían también un lugar de peregrinación que iban a visitar cuando les amenazaba el hambre. Esta plaga los atormentaba con tanta frecuencia, que las mujeres no tenían derecho para dejar vivir más que a sus primogénitos. En estas ocasiones traían todos sus rebaños de cabras, separaban de las madres a las crías, y pretendían enternecer los oídos de los dioses vengadores con los balidos lamentables de los desgraciados cabritos, a los cuales unían sus propios gemidos.

Los guanches tenían una divinidad particular para los hombres, *Eraoranhau*, y otra para las mujeres, *Moraiba*. Después de la introducción del cristianismo, Jesús y María tomaron respectivamente el lugar de aquellas. Estas dos deidades estaban establecidas en dos rocas muy elevadas que se llamaban *Pandaiga* y que hoy llevan el nombre de *Santillos de los antiguos*.

Guardaban en una caverna al *Aranfaibo*, animal que pertenece a una especie de cerdos muy pequeños. En los tiempos de calamidad, se le hacía salir de su gruta con grandes clamores, y podía vagar libremente hasta que el mal estaba conjurado; y entonces era de nuevo conducido a su domicilio en gran triunfo. Algunas jóvenes participaban con él de la gruta sagrada: estas usaban vestidos de piel blanca mucho más largos que los de las otras mujeres: gozaban de grandes privilegios en los consejos, y de la presidencia en todas las ceremonias; y en cambio, tenían la obligación de presentar todos los días una ofrenda de leche al *Aranfaibo*.